

# EL BÁRBARO CRIMEN EN OLIVOS

## LA OBRA DE UN DEGENERADO MORAL

□

Bien pronto, felizmente, el misterio de que apareció rodeado el crimen de la mujer encontrada por la policía de Olivos en una zanja junto a las vías del Ferrocarril Central Argentino, quedó disipado, esclareciéndose completamente el bárbaro hecho.

La identificación de la víctima hallada merced a un nombre escrito en el interior de una de las botas que llevaba puestas, fué el primero y principal hilo que guió a la pesquisa para esclarecer el crimen. Ese nombre, correspondiente a una persona que la había regalado a una sirvienta, permitió saber que ésta se llamaba María Carracedo, la que prestaba, hasta un día antes del crimen, sus servicios en la casa de pensión situada en la calle Hernández, 1992. Las pesquisas iniciadas con tanto tesón como éxito prosiguieron incansablemente hasta llegar a saber que la víctima tenía un amante, y que éste se llamaba Fermín Zelaya, domiciliado en San Isidro. Detenido, acumuladas contra él pruebas terribles y concluyentes, declaró confesándose autor



María Carracedo, la infeliz víctima del crimen; fotografía tomada poco después de encontrado el cadáver.



Bota perteneciente a la víctima. El nombre escrito en el interior de la caña facilitó la identificación del cadáver.



Médico de policía y empleados de la comisaría de Olivos inspeccionando el sitio donde fué hallada la víctima.



Las autoridades policíacas revisando los sitios próximos al lugar del crimen donde el asesino declaró haber arrojado el martillo que usó como arma homicida.



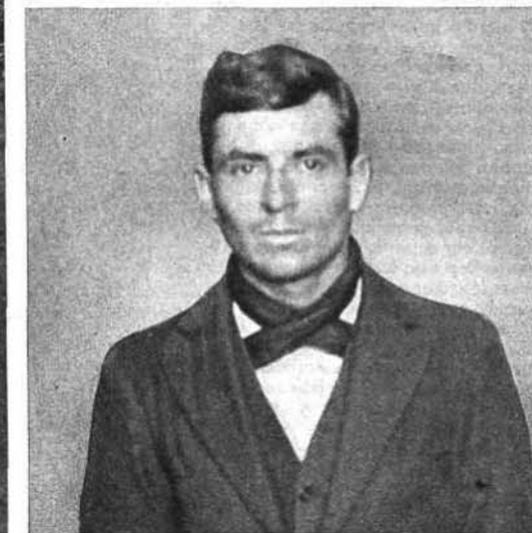
Reconstrucción del asesinato. Un empleado policial, que desempeñó el papel de la víctima, caminando delante del asesino en el lugar en que éste le asestó el primer golpe en la cabeza con el martillo.

del crimen, después de haberlo negado terminantemente durante los tres primeros días de la prisión.

Según sus declaraciones el horrible hecho se desarrolló en la forma siguiente: María Carracedo acudió a una cita que le dió en San Isidro, y ya juntos Zelaya le propuso dirigirse a un sitio determinado emprendiendo ambos la marcha tomados del brazo; al llegar a cerca de una zanja el criminal insinuó a su víctima que caminara adelante, pues los dos no podían hacerlo por lo estrecho del paso. En ese momento Zelaya le asestó, con una cachiporra en forma de martillo que había hecho construir ex profeso un golpe mortal en la cabeza que la hizo desvanecer; ya en el suelo, y para que no sufriera el asesino la última a golpes; luego arrojó el arma homicida y tranquilamente, después de cambiarse de ropas en su domicilio, concurrió a un café a entretenerse con varios amigos.

La ferocidad del criminal sin atenuante alguna, pues no media ni siquiera el motivo pasional, ya que la víctima, una infeliz mujer que era explotada ignominiosamente por Zelaya, estaba entregada a él por completo; su cinismo, su inmoralidad y su poco amor y escrúpulo para su hogar y para sus tres pequeños hijos, lo indican como uno de esos seres catalogados entre los degenerados moralmente.

En el descubrimiento de este crimen han tenido parte principalísima las autoridades policíacas de Olivos: comisario Juan Rodríguez y oficiales Salomone y Cámera, así como el jefe de la sección crímenes de investigaciones, comisario Santiago, y el empleado Romero, funcionarios que se han hecho, por su habilidad suma, merecedores del mayor elogio y del más franco aplauso.



Fermín Zelaya, el feroz asesino, fotografiado en la comisaría de Olivos después de haberse confesado autor del crimen.



Última escena de la reconstrucción: el criminal de pie se apresta a ultimar a su víctima, una vez ésta en el suelo ya perdido el conocimiento.